

CESEDEN

DE LA GUERRA REVOLUCIONARIA AL
ACTIVISMO IZQUIERDISTA

- por Claude Delmas -

(De "Revue Générale", febrero de 1973
Traducido por el TCol. de Aviación (S.V.),
DEM, DEMC, D. Luis Rico de Sandoval)



Mayo, 1973

BOLETIN DE INFORMACION NUM. 74 - VI.

Los atentados políticos, los secuestros de aviones, las manifestaciones de grupos que tratan de encontrar justificación política a actos que no tienen su origen en razones políticas han dado al problema de la violencia una significación y unas dimensiones que suscitan una inquietud general, y que plantean interrogantes sobre los orígenes, los objetivos y las perspectivas de esta violencia. La última sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas había inscrito este problema en su orden del día; pues bien, ante la presión de algunos países, se ha visto obligada a posponer el debate para una próxima sesión, es decir, para las calendas griegas. El problema del terrorismo sigue siendo (o se ha transformado en) uno de los elementos importantes de la crisis crónica del Medio Oriente, habiendo tomado una nueva amplitud una vez que se ha desarrollado fuera del campo geográfico de este conflicto. Bajo algunos aspectos (en terreno de las tácticas, no en el de las causas), la guerra civil de Irlanda recuerda a la de Argelia. Así, pues, tras haberse planteado la interrogación sobre la violencia en sí misma, debe uno preguntarse si dicha violencia es, y en qué medida, una forma de esta guerra revolucionaria que a veces se considera como el sustitutivo de la guerra nuclear, y que ha tomado un lugar preponderante en los conflictos del mundo moderno.

Además, no puede uno por menos de inquietarse ante la carencia de autoridades legales, o ante lo inadecuado de ciertos procedimientos. A mediados de enero, en París, un inspector de los servicios interiores de la empresa Renault fue condenado a cuatro años de prisión por haber matado a un militante izquierdista que, acostumbrado a las acciones de hostigamiento realizadas por comandos trotskistas, le amenazaba directamente. Una sanción semejante es o demasiado severa o demasiado ligera. Ese hombre debió ser condenado más severamente si se considera el acto en sí mismo; pero debió ser absuelto si se toma en consideración sus motivaciones y la de su víctima, pues la justicia debe, en efecto, responder a las necesidades de seguridad de una sociedad determinada. Aparece, entonces, otro problema, que es el de los medios de defensa de que dispone una sociedad liberal para defenderse contra organi-

zaciones que no ocultan su voluntad de abatirla, aprovechándose de las garantías que concede a todo ciudadano -problema que, a fin de cuentas, es el de la espiral violencia-represión-violencia.

Este problema de la violencia no es nuevo. La historia ha sido testigo de innumerables asesinatos políticos; todos los gobiernos han tenido que enfrentarse con oposiciones, muchas de las cuales partían del principio de que su acción no tenía por qué mantenerse dentro del marco de la legalidad; las pasiones raciales o religiosas han sido origen de una gran cantidad de conflictos; todas las revoluciones han exaltado la violencia. Si hoy día existe alguna diferencia es, por una parte, porque ciertos grupos utilizan la violencia física en sociedades que, cada vez menos politizadas, son menos atacadas en su régimen que en el racionalismo político al que aspiran y, por otra parte, porque esta violencia busca una justificación en una interpretación activista de doctrinas - que, revolucionarias en otro tiempo, pretenden constituir en la actualidad principios de orden y de autoridad.

La utilización militar de la energía nuclear ha trastornado la escala de las potencias, ha representado infinitamente más que un nuevo progreso dentro de una evolución técnica ininterrumpida a lo largo de siglos e, incluso, ha introducido factores fundamentalmente nuevos en los conceptos estratégico-diplomáticos. A este respecto, no se sitúa solamente en el terreno de los medios: influye sobre las ideas. Pero, al mismo tiempo, esta mutación de conceptos ha establecido una complementariedad entre ideas que parecían contradictorias. Antes de que se impusiera la lógica nuclear, podía parecer paradójico - que el puñal y la metralleta se instalasen a los lados de la bomba; una vez impuesta esa lógica, la guerra revolucionaria aparece como el complemento de la amenaza nuclear, y podría representar incluso su sustitutivo.

Cuando las armas anteriores a la bomba atómica parecían caducas, cuando todas las estructuras militares fueron modificadas para tomar en consideración las posibilidades que dicha bomba ofrece y los cambios tácticos y estratégicos que implica, la guerra revolucionaria se conduce con armas, si no primitivas, al menos muy anteriores a las técnicas modernas. Cuando el armamento nuclear refuerza considerablemente el poderío de los sabios y de los técnicos, cuando restringe no menos considerablemente el papel del hombre en la conducción de la guerra, la guerra revolucionaria da la primacía al individuo.(1)

(1) Esta paradoja se explica si consideramos la guerra como lo que es en realidad, es decir, no como algo absoluto que encuentra en sí su propia justi-

La guerrilla

Hablar de guerra revolucionaria lleva inmediatamente a evocar la guerrilla, la forma de combate consagrada por la lucha de los partisanos españoles contra Napoleón. Esta táctica supone que se cuenta, o con el apoyo de la población, o con tenerla controlada. Esto explica, en gran medida, por qué la guerra de los partisanos representa uno de los elementos esenciales de toda doctrina militar procedente del marxismo o inspirada por éste; la "lucha del proletariado contra sus explotadores capitalistas" se concibe como una batalla conducida sin armas regulares y sin frentes definidos, y como un simple episodio de una guerra total. Este concepto fue puesto a prueba durante la revolución bolchevique y la guerra civil con que se continuó. No cabe duda de que el montaje y actuación de una organización centralizada de revolucionarios profesionales (inherente al bolchevismo, no a la lucha de clases) orienta cada vez más esta lucha hacia la formación de ejércitos regulares. Y, así, cuando los ejércitos regulares debían ser condenados -por ser instrumentos de la "opresión estatal"- los bolcheviques exigieron su intervención para conseguir la eliminación de los "explotadores". Resultó, también, que el conflicto que enfrentaba a las diferentes tendencias comunistas, al tratar de decidirse entre un ejército regular y formaciones de partisanos, se resolvió en favor de la primera. Pero sin renunciar, por ello, a la guerra de partisanos. Incluso los que reclamaban un ejército regular y se oponían a la "partizanchchina" eran perfectamente conscientes de las posibilidades que esta forma de combate ofrecía en países y en situaciones en que fuera imposible mantener una fuerza armada sometida a los controles tradicionales (1).

ficación, si no como la solución escogida o sufrida por los diplomáticos. - La verdadera contradicción no está, así, entre la bomba atómica y la guerra revolucionaria, sino entre la Paz y esta guerra, que pueden ser simultáneas y que, de hecho, lo son. Un Estado puede llevar a cabo una guerra revolucionaria contra otro sin provocar un conflicto general, incluso, a veces, sin ser acusado de hacer la guerra. Es una situación que hemos conocido perfectamente desde el fin de la segunda guerra mundial.

- (1). Tales acciones no dejaron de considerarse como formas de la "revolución del pueblo" contra sus "explotadores", y Frounzé estimaba que la necesidad "de prepararse para llevar a cabo la guerra de los partisanos" en "territorios que pudieran llegar a ser teatro de actividades militares eventuales" se presentaba inmediata y normalmente tras la de formar las masas "en el espíritu de la maniobra ofensiva", y concluía: "Una de las tareas de nues

Según algunos, la idea de esta forma de guerra se debe a Marx. De hecho, la guerrilla como reacción popular es muy anterior a Marx; como fenómeno sociológico, está estrechamente condicionada por la existencia de una masa campesina; como táctica, está ligada a la presencia de bosques. Pero, y esto es esencial, los dirigentes comunistas hicieron de la guerrilla un verdadero sistema, y lo que no era más que la forma popular que adoptaba la lucha contra el invasor, se transformó en el medio para justificar ideológicamente — una invasión, o en una sublevación favorable a esta invasión. La guerrilla se dirigía contra un enemigo que era un ejército; en la guerra revolucionaria este enemigo es, en primer lugar y a fin de cuentas, un régimen político.

Así, pues, los conflictos modernos, o, mejor dicho, la dialéctica de estos conflictos descansa sobre una serie de contradicciones. Los sabios siguen adelante con investigaciones cada vez más profundas, llevan cada vez más lejos los límites del conocimiento, arrojan cada vez más luz sobre la relatividad de la noción de verdad, mientras que, simultáneamente, los "partisanos" se encierran en maniqueos conceptos absolutos, en simplificaciones que niegan la pluralidad de las ideas y de las posibilidades. La bomba atómica resulta ser, simultáneamente, el símbolo del poder creador del espíritu humano y el de su poder de destrucción; expresa una mutación fundamental (pero indiferenciada en cuanto a sus posibilidades de bien o de mal) en las relaciones

tro estado mayor debe ser estudiar la cuestión de la pequeña guerra para, en caso de conflictos futuros, poder aplicarla contra un enemigo técnicamente más fuerte que nosotros". Además, preconizaba el entrenamiento sistemático para esta clase de guerra de ciertas unidades del Ejército rojo.

Tujatchevsky, también, preconizaba tal entrenamiento. El 18 de julio de 1920 escribía a Zinoviev: "La Internacional comunista debe prepararse, desde un punto de vista militar, para la guerra civil que se aproxima a consecuencia del ataque que todas las fuerzas armadas del proletariado efectuarán contra el capitalismo armado del mundo entero". El 14 de enero de 1921 sugería al Kominter la creación de un "ejército rojo internacional regular", en la Unión Soviética, para "facilitar los levantamientos de clase en los demás países". A pesar del desprecio que profesaba por los movimientos de partisanos cuando se podía organizar un ejército regular, admitía: "Organizando levantamientos y acciones de partisanos en la retaguardia del enemigo, crearemos una relación de fuerzas que nos será favorable". — Y Muralov no dudaba en escribir: "Al principio de la guerra civil, todos éramos partisanos".

entre el hombre y el universo, en la misma época en que el puñal es, para millones de hombres, el símbolo de su grandeza como tales hombres, es decir, de su derecho a dudar de sus relaciones con sus semejantes y con el universo. Los sabios se esfuerzan por conciliar cada vez de forma más estrecha su objetividad de investigadores y su subjetividad como individuos, por hacer progresar los conocimientos, con la esperanza de que los resultados de estos sean beneficiosos para la humanidad, al mismo tiempo que el "partisano" se aísla en sus resentimientos y sus pasiones, sin concebir otra verdad que no sea el dogma por el que está dispuesto a mentir y a matar. Resulta, así, que los conflictos modernos no son los de este mundo "dominado por la técnica" que algunos describen, para exaltarle o para condenarle. Son los de un mundo dominado por las pasiones, de un mundo al que una ideología pretende aportar la felicidad por la revolución. Esta dualidad interna de los conflictos modernos plantea dos series de problemas de los que puede afirmarse, sin exageración, que dominan nuestro porvenir.

Dos series de problemas

Los primeros se refieren al comportamiento que pueden adoptar los países democráticos ante conflictos que les amenazan en su existencia misma, puesto que, de hecho, se dirigen contra el pluralismo intelectual. Tales países se encuentran en una postura particularmente delicada. No ignoran nada de las intenciones revolucionarias de aquellos grupos para los cuales las referencias al ideal y a las libertades democráticas no son sino un pretexto para la subversión, pero sólo muy difícilmente pueden tomar medidas preventivas, resultando, así, víctimas de su liberalismo sin poder renunciar a él. Salvo en algunas circunstancias, han de esperar la iniciación de las operaciones, y cuando ésta se produce, quedan en situación de inferioridad, en primer lugar porque les es difícil, si no imposible, mantener en tiempo de paz formaciones de partisanos preparados para la guerra revolucionaria, y en segundo lugar porque no pueden responder eficazmente si no es adoptando algunos de los métodos de sus adversarios. El combatiente revolucionario es un "soldado-militante", mientras que el de una democracia no es sino un "soldado-ciudadano". Las democracias sólo podrían prepararse para la guerra revolucionaria reorganizándose según principios totalitarios, siendo el caso que ellas justifican su existencia por un ideal anti-totalitario.

Los segundos de estos problemas se refieren a las posibilidades de acción de los ejércitos regulares. Ante la guerra revolucionaria, éstos se

encuentran en la situación, tan conocida, de las fuerzas regulares que han de enfrentarse con la guerrilla. Sean cuales sean los medios materiales "clásicos" con que cuenten, estarán siempre en situación de inferioridad, porque sus estructuras y su organización no están concebidas para las emboscadas, los golpes de mano y la subversión. Es indudable que podrían poner en acción todos sus medios, por ejemplo, las armas de destrucción masiva; pero, en tal caso, habrían de aceptar el exterminio de importantes fracciones de las poblaciones civiles, confundiendo a combatientes y no combatientes en una "amalgama" peligrosamente proveniente de los conceptos comunistas. Así, pues, los países democráticos se ven en la necesidad de preparar -y, a veces, de llevar a cabo- una contraguerrilla para la cual, hagan lo que hagan, tienen poca aptitud. En primer lugar, porque se preocupan más de la organización de la paz que de la preparación de la guerra. Después, porque no pueden organizarse ese adoctrinamiento totalitario de los espíritus sin el que apenas pueden concebirse los soldados-militantes. Por último, porque algunos de los métodos terroristas les resultan prohibidos (1).

Sea cual sea su origen, estos conflictos poseen un rasgo común: al contrario de las guerras clásicas, de las que los filósofos creen que tienen su origen en errores, la guerra revolucionaria nace de una voluntad política bien declarada. Se considera que las guerras clásicas están situadas en la en

(1) Habría alguna exageración si se pretendiera que todas las guerras revolucionarias han sido, o son, inspiradas o desencadenadas por la Unión Soviética. Es un hecho que la primera guerra auténticamente revolucionaria del siglo XX no fue de inspiración comunista y, además, el primer gran éxito del comunismo no fue el resultado de una guerra revolucionaria (en efecto, la revolución bolchevique fue resultado de un golpe de Estado militar, tras una revolución burguesa). Tal conflicto estalló el lunes de Pascua de 1916, cuando los patriotas irlandeses atacaron la Gran Oficina de Correos de Dublín... En Túnez fue una guerra revolucionaria la que el Neo-Destur desarrolló contra Francia, y si la Unión Soviética pudo esperar obtener algún beneficio de ella (lo que resultó un cálculo equivocado, ya que Túnez independiente siguió siendo pro-occidental), el partido comunista tunecino sólo desempeñó en tal guerra un papel de poca importancia.

Pero las condiciones para la realización de una lucha nacional de carácter revolucionario han sido codificadas por el marxismo, y cada militante revolucionario puede encontrar una justificación a sus acciones en una u otra de las expresiones presentes del marxismo. Sólo se podría imputar la responsabilidad de todas las guerras revolucionarias a la Unión Soviética si Moscú hubiera seguido siendo la Meca del comunismo. Desde el gran cisma

crucijada de un "camino material" (progreso de las técnicas, debilidad de la organización económica, rivalidades por la posesión de las fuentes de materias primas y de los mercados, etc.) y de un "camino intelectual" (desarrollo de los mitos de la violencia, fracasos del pacifismo, etc.). Desde este punto de vista, algunos opinan que deben desaparecer a medida que la organización del mundo sea más racional, ocurriendo con ellas como si, en su "Paz perpetua", -- Kant estuviera en lo cierto al atribuir un carácter absoluto a la oposición subjetiva que establecía entre la guerra y la idea del Derecho.

Kant y sus discípulos proclamaron que el hombre es intelectual y moralmente responsable del mantenimiento de la paz, y que la guerra será un peligro permanente mientras los hombres no adopten reglas de conducta más elevadas y más humanas. Dicho de otro modo, la guerra pertenece al dominio del Mal, y quien debe triunfar es el Bien. Al contrario, en la perspectiva revolucionaria la guerra debe llevar al triunfo de este Bien, eliminando las fuerzas políticas y económicas del Mal. La alteración es así completa. Los ciudadanos se baten por su país: sea cual sea su valor, no pueden evitar el sentimiento de que la guerra es un absurdo, que habría podido y debido evitarse, y su valor no excluye una cierta resignación. Tal resignación resulta desconocida para el soldado-militante, que lucha por una ideología adornada pasionalmente con todas las virtudes,

Clausewitz se hizo célebre al considerar la guerra como un problema filosófico. Era entonces generalmente admitido el principio enunciado por Grotius de que "quién viola la paz no es el que hace frente a la fuerza con las armas, sino la potencia que ataca la primera". Según Clausewitz, el verdadero agresor es el que se defiende. Es más, dicho autor escribía (y esto arroja cierta luz sobre la utilización del puñal en la época de la bomba termonuclear): "Las armas mediante las cuales puede atacarse al enemigo a distancia permiten que permanezcan en reposo los sentimientos y el instinto del combate propia mente dichos, permaneciendo en tal situación tanto más completamente cuanto mayor es el alcance de estas armas. En el caso de una emboscada, podemos imaginar que sentimos un cierto grado de cólera en el momento en que lanzamos la piedra; este sentimiento es más débil al disparar un fusil, y más débil todavía al disparar un cañonazo". El progreso de las técnicas de los armamentos suprimió, en gran medida, de la guerra los enfrentamientos personales directos que acompañaban antiguamente a los combates, el hecho de haber vuelto a utilizar armas, si no primitivas al menos individuales, ha vuelto a introducir en la guerra esos enfrentamientos personales, con lo que el simple individuo,

del comunismo mundial, los revolucionarios se refieren menos a Moscú que a Pekín.

que debe resignarse al anonimato en la guerra clásica, vuelve a encontrar en la guerra revolucionaria razones para una participación más directa en el combate, tanto más que la ideología se encuentra sacralizada.

La lógica del soldado-militante

Para un comunista, la victoria del proletariado da a los hombres la verdadera libertad, mientras que las libertades democráticas son libertades falsas, engañosas, que ocultan la opresión social. Por ello, mientras el proletariado no sea completamente victorioso, está en guerra y aplica las disciplinas de la guerra. Además, el "buen comunista" está convencido de que la aplicación marxista del mundo y de la historia es verdadera, pues de no ser así no sería un "buen comunista". Es condición intrínseca de la verdad el ser reconocida como tal por todos los hombres, cuando nada se opone a tal reconocimiento; si la verdad marxista no es reconocida por todos los hombres es a causa de inconvenientes de orden social: todo hombre, si estuviera en condiciones de enfrentarse con la interpretación marxista de la historia y del mundo, la adoptaría inmediatamente. Si todos los hombres no son marxistas es porque todos los hombres no son libres. Basta, pues, con suprimir los inconvenientes que impiden a los hombres acceder a la verdad, para que la libertad de opinión en el seno de la democracia burguesa (es decir, la libertad para manifestarse en igualdad de condiciones concedida a opiniones contradictorias) deja de tener sentido. Para el hombre que no es marxista, la libertad de opinión es esencialmente la del "otro", la del que no piensa como él. Para el marxista la libertad de opinión es la de profesar la opinión marxista; porque, para él, todo hombre sería marxista si fuera libre. De donde se deduce que, para el marxista, todo hombre que, puesto en las condiciones de la libertad ante la verdad marxista rehusa aceptarla, deja por ese mismo hecho de ser un hombre libre, para convertirse en una especie de criminal incorregible, del que debe desembarazarse el cuerpo de la sociedad.

Todo esto es indispensable para comprender la razón de que las mismas palabras no tengan igual valor en el mundo comunista y en el mundo no comunista. Hay sustitución de valores, pero el comunista sincero considera - que no miente, que la libertad con que él sueña es la verdadera libertad, mientras que la libertad burguesa es una trampa; que la patria a la que él quiere servir es la única patria verdadera, mientras que la patria burguesa se basa en una falsificación de las palabras claves.

A consecuencia de todo ello, queda claro el comportamiento del soldado-militante. Todo partido político está empeñado en una especie de guerra

en la que trata de evitar la derrota, de conseguir la victoria, es decir, de apoderarse del poder. Para el partido comunista, esta guerra es una cuestión aún más seria, ya que para él se trata de hacerse dueño, no ya de un país solamente, sino del mundo entero; de cambiar radicalmente la estructura de la sociedad, reduciendo al silencio a quienes se opongan a él, invitando a que participen en esta tarea, de grado o por fuerza a todas las energías humanas, llevadas a su paroxismo por el entusiasmo o por el temor: guerra total en comparación con la que, de creer a los doctrinarios del marxismo, las guerras "capitalistas" no son sino juegos de príncipes; guerra total que debe conducir a una paz total, después de la victoria.

Además, esta guerra y esta victoria son, para un militante comunista, el sentido mismo de la historia; constituyen la estructura de la realidad humana; tienden al logro del hombre; a la resolución de la antinomia entre el ideal y lo real; a la encarnación de la justicia. Para el soldado-militante existen el Bien, de una parte, y el Mal, de la otra; todo el Bien y todo el Mal. Por ello, es sincero cuando dice que no miente: utiliza un nuevo diccionario de sinónimos en el que al contrario se le llama traidor y a la dictadura del partido democracia popular. Además, no puede mentir: mentir es inmoral, y la moralidad está junto a la revolución. Así, pues, no se miente; sencillamente, se habla a los hombres en un idioma que comprenden y del que no se escandalizan: es menos escandaloso fusilar a los traidores que fusilar a los contrarios. Nadie se ha dado cuenta, mejor que los jefes comunistas, del papel de la mitificación en una acción política que pone en juego a las grandes masas y que se hace llevar por ellas. Y -mediante el juego complejo de una dialéctica en la que la noción misma de verdad se diluye, en la que toda verdad resulta falsa si se opone al "sentido de la historia", en que toda mentira se transforma en verdad si ayuda a que la historia se cumpla de acuerdo con su sentido - el soldado-militante lleva a mitificarse el mismo hasta el punto de encontrar sinceridad al término de la mitificación.

La mentalidad terrorista

Todo lo anterior ayuda a comprender por qué la crueldad es una de las características esenciales de la guerra revolucionaria; y no una crueldad - anónima, sino una crueldad a escala humana. No podría existir en ella el terror sin la puesta en escena de la tragedia, sin el romanticismo de la muerte. Durante la guerra civil española, los combatientes franquistas se llamaban a sí mismos "los novios de la muerte", mientras sus adversarios anarquistas gritaban "¡Viva la muerte!". Podemos acordarnos de cómo, cuando en la Con-

vención se discutía el artículo de la Constitución que prohibía al Gobierno firmar la paz con un enemigo que ocupara una parte del territorio nacional, a un diputado que había preguntado: "¿Habeis hecho un pacto con la victoria?", se le respondió: "¡Hemos hecho uno con la muerte!". En efecto, no existe terror sin la fascinación de la muerte, y la irrupción de la pasión de la muerte a través de las barreras que le opone la vida social ordinaria es uno de los elementos esenciales del terror. Si a todo ello se le añade el miedo, que está en la causa de toda cólera, y que tiende a la eliminación de aquel que representa una amenaza física, y la humillación de haber tenido miedo o de haber sido dominado, nos encontramos, prácticamente, con todos los elementos constitutivos del estado de espíritu terrorista.

La guerra revolucionaria adopta un aspecto terrorista porque los que la dirigen adoptan, como si fuera suyo, el resentimiento de los humillados, prometiendo a este resentimiento las satisfacciones de la venganza, pero también porque aspiran, por doctrina, al dominio de la sociedad, porque no pueden prescindir de poner a su servicio las fuerzas oscuras del individuo y de las masas. Como tienen que imponerse a adversarios que, por definición, son más poderosos, tienen que emplear contra estos armas que dichos adversarios no puedan utilizar. Tienen que hacer resonar palabras como éstas, que tienen un poder electrizante: "Ley marcial, Seguridad y Bien públicos, Mueran los traidores, exterminación de los enemigos de clase". Los nacional-socialistas alemanes lo comprendieron, no sólo cuando tomaron de los comunistas los métodos conjugados de la demagogia de masas y de las minorías activas, de la propaganda y de la intimidación, sino también cuando dedujeron todas las lecciones que se derivan de este axioma capital de la guerra revolucionaria: el poder se conquista por la fascinación. Pues bien, si la justicia puede entusiasmar, si la libertad puede suscitar héroes, si la paz puede ser deseada, ninguna de ellas puede fascinar, porque la fascinación no se produce si no es por la llamada y la aproximación de una gran tragedia colectiva. Y su efecto es doble: ejerce una acción paralizante sobre los que, en todo caso, serán sus adversarios, y una acción de atracción sobre los que pueden hacer causa común con ella, porque, en lo profundo del corazón de los hombres, "algo" se despierta al levantarse el telón de la tragedia política, y el fascismo demostró que la mitología de la revolución es más decisiva que su contenido propiamente racional.

Por ello es por lo que puede decirse que el terror está orgánicamente ligado al fenómeno revolucionario. Pero hay que ir más adelante en la exploración de la inconsciencia colectiva. La revolución hace a los hombres dos promesas distintas. La primera es a largo plazo. Sólo se mantendrá al -

precio de duros esfuerzos, de una lenta "edificación socialista", de la transformación de las costumbres y de los espíritus. Se consumirán generaciones para realizarla. Pero para los hombres que viven hoy día, para estos hombres a los que la misma brevedad de su existencia priva de toda esperanza de conocer por sí mismos la sociedad ideal del "mañana que canta", existe una compensación "hic et hunc", una promesa próxima, la de la revolución misma.

Pero el terror da a la revolución una mayor potencia de ruptura. Una "tierra de nadie" cubierta de cadáveres es la mejor de las separaciones - entre la sociedad decepcionada y la sociedad naciente, ya que, por definición, una cabeza cortada no puede volverse a unir nunca. No hay nada más adecuado que el terror para dar a las masas esa extraña y poderosa impresión de que han cambiado el mundo: por lo tanto, no es sólo un arma al servicio de la revolución, sino que es su símbolo y su aparato litúrgico. Es decir, que no puede uno darse cuenta del fenómeno terrorista más que si se reconoce la función religiosa del mito revolucionario. Apropiándose en su beneficio, de la región de la angustia religiosa - como las otras religiones se apropian en beneficio suyo de la miseria social -, apropiándose del terreno de lo irremediable - como las otras se apropian del terreno de lo que puede remediarse con los medios - humanos - reivindica en su solo y exclusivo beneficio el universo irracional del miedo y de la esperanza, de la culpabilidad y de la veneración, e incluso las tinieblas de los impulsos biológicos primitivos, a los que las religiones antiguas ofrecían el holocausto de los sacrificios simbólicos, de las bacanales y de las guerras santas, de los cultos, de las fiestas y de las ceremonias esotéricas. Así ocurre en las revoluciones modernas, en la veneración de que se rodean sus ideas, sus hombres representativos y sus emblemas, en el fanatismo - de sus militantes, que se presentan, mejor que en las restantes manifestaciones de la vida colectiva, como las nuevas formas de lo sagrado. En este contexto es donde se explica el tránsito del soldado-ciudadano al soldado-militante.

Sería fácil decir: no se puede militar por el marxismo, puesto que el marxismo está rebasado, como lo pueden estar, por ejemplo, en el terreno de la química, las leyes de Lavoisier. Si nos atenemos a las réplicas corrientes, se encuentra uno con el reproche -por parte de los que conocen a Marx- de no rechazar más que a un "marxismo vulgar". Si prescindimos de las fórmulas demasiado simples del "Manifiesto comunista" y nos remontamos a las obras de juventud de Marx, los ortodoxos replican que no debe prescindirse de la ciencia en beneficio de la ideología. Una doctrina que tiene un siglo de antigüedad estaría fatalmente rebasada si fuera estrictamente científica, pero la discusión es prácticamente imposible desde el momento en que esta doctrina continúa siendo válida a los ojos de la fé. El marxismo es, en primer lugar, una filosofía -

de la historia, la única filósofa optimista de la historia, que, en Europa, conserva una ascendente sobre los espíritus. El sólo, llena la función de las filósofas tradicionales de la historia, es decir, de las doctrinas que separan la unidad y la significación del conjunto de lo pasado, dando a un acontecimiento futuro un alcance decisivo para el cumplimiento de la vocación humana.

La revolución proletaria, el advenimiento de una sociedad sin clase se señala para un marxista la maduración de toda la prehistoria, el tránsito - del reino de la necesidad al de la libertad. De esta forma, el comunismo se presenta como algo indispensable para la salvación de la humanidad. Si los filósofos pueden discutir sobre la sustancia científica del marxismo, los soldados-militantes se contentan con algunas de las afirmaciones del "Manifiesto", cuya fuerza, como texto de propaganda ideológica, reside en proclamar un acuerdo pre-establecido entre los deseos de los hombres y la evolución de las sociedades. Los filósofos pueden confrontar el esquema marxista con el curso de los acontecimientos: les es fácil demostrar que la historia ha desmentido las anticipaciones que servían a Marx para afirmar el paralelismo de la necesidad racional con el determinismo económico-social; les es fácil a causa de la existencia de un régimen post-capitalista, confrontar la idea marxista de la vuelta de las alienaciones y de la unidad de lo particular y lo universal con la realidad de un régimen de propiedad colectiva y de planificación. Los soldados-militantes justifican su combate, no por la sustancia del marxismo, sino por la significación revolucionaria que se atribuye al comunismo.

Los Cruzados no discutían la legitimidad racional de su Cruzada; los jueces y los verdugos de la Inquisición no discutían la de sus sentencias. - Para ellos contaba, no el valor objetivo de la causa por la que luchaban, sino la significación que tal causa tenía para ello. Hoy día, ni los militantes comunistas ni los militantes nacionalistas de los países subdesarrollados discuten la legitimidad de su acción; para ellos sólo cuenta la significación que ellos le atribuyen. Antiguamente, estos conflictos permanecían limitados; hoy día se extienden a todos los límites del planeta. Las pasiones siguen siendo las mismas; los medios técnicos, aún siendo distintos de los de tiempos antiguos, no son los que permitiría el progreso de las ciencias (con excepción de los secuestros de aviones); hasta tal punto llegan la continuidad entre las guerras de religión y la guerra revolucionaria, y la relatividad de esta continuidad.

Estos son algunos de los aspectos más importantes de un problema que tiene una considerable significación en un mundo y en un tiempo que pretenden ser, a la vez, racionalistas y razonables. Esta guerra revolucionaria puede tomar formas variadas, desde la guerrilla a la infiltración, pasando por la

subversión. Sus tácticas varían, de acuerdo con el lugar y las circunstancias, en función de sus objetivos y de los de quienes la dirigen. Así es como, habiendo lanzado una inmensa operación para asociar los partidos comunistas a las responsabilidades gubernamentales en algunos países de Europa occidental, la Unión Soviética no puede dejar de mantenerlos en la legalidad más estricta, ni dejar de incitarles a aparentar seguridad en sí mismos, ni a que se presenten más como reformistas que como revolucionarios; ni a dejar de hablar de la dictadura del proletariado, etc., etc. Como complemento a sus esfuerzos en el sentido de la "seguridad europea", la Unión Soviética querría volver a lanzar fórmulas políticas del tipo "frente nacional" o "unión de izquierdas", fórmulas -- que, hasta ahora, llevaron siempre a la eliminación de los no comunistas por parte del partido comunista y al triunfo de éste. En otras palabras, aparte de las diferencias de situación, parece que la guerra revolucionaria era uno de los factores esenciales de la guerra fría, y que es uno de los de la coexistencia pacífica.

Resulta, así, que no es una de las menores paradojas de la situación actual ver al partido comunista presentarse como partido de orden, consiguiendo imponer esta imagen en ciertos medios, con el apoyo de las organizaciones sindicales que dependen directamente de él o que le son afectas. Contra esta conversión, que sólo es aparente, se rebelan los heterodoxos activistas del comunismo, es decir, las diversas tendencias que se llaman a sí mismas de Trotsky o de Mao Tse-Tung, que se presentan como las únicas depositarias de la verdad revolucionaria y que, como consecuencia, se encierran en un dogmatismo total, dirigiéndose menos contra los "burgueses" que contra el Partido comunista que, a sus ojos, se ha hecho, al menos, desviacionista y reformista.

Pekín contra Moscú

Antes de que las diferencias entre Moscú y Pekín hayan tomado la amplitud de un conflicto, en que la intervención de fuerzas militares no puede excluirse del campo de las hipótesis, la Unión Soviética y China habían hecho gala de sus desacuerdos respecto a la guerra fría y a la coexistencia pacífica, y esta divergencia de puntos de vista ayuda a comprender algunos aspectos de la violencia que exalta a determinados grupos "izquierdistas".

La China popular nunca tomó partido ante la guerra fría. Indudablemente porque no alcanzó la soberanía hasta 1949, e indudablemente, también, porque fue a fines del invierno 1959-60 cuando, por vez primera, los de

legados chinos se opusieron a los delegados rusos en las sesiones secretas de los organismos rectores de las organizaciones internacionales, tales como el Consejo de la Paz, El Comité de solidaridad afro-asiática, la Federación mundial de sindicatos, etc.;. . . En tales enfrentamientos se trataba esencialmente de saber si la "campaña por la paz" (según la terminología rusa) debía tener la primacía como objetivo supremo sobre "todas las demás formas de la lucha revolucionaria", o si no debía constituir (como pensaban los chinos) sino una de las múltiples formas de la lucha "anti-imperialista", y en ningún caso debía llevarse de forma aislada ni oponerse a otros métodos más militantes de la acción revolucionaria. Los documentos ideológicos publicados en abril de 1960 por los comunistas chinos sobre las enseñanzas de Lenín estaban concebidos como una plataforma para estas discusiones.

La polémica emprendida inmediatamente por la Unión Soviética contra "los dogmáticos y los sectarios" trataba de crear la impresión de que la tesis fundamental de China era que el punto de vista de Lenín sobre el carácter inevitable de una nueva guerra mundial continuaba siendo válido. Esto merece discusión. En cada uno de tales documentos chinos se cita, aprobándola, la frase de la declaración de Moscú de 1957, que se basaba en una resolución del XXº Congreso del P. C. U. S. , según la cual, merced al crecimiento de las "fuerzas de la paz", . . . "existe actualmente la posibilidad real de impedir la guerra". Pero los chinos se alzaban contra la fórmula del XXº Congreso que declaraba la existencia actual de la posibilidad "de desterrar la guerra mundial de la comunidad humana, incluso antes de la victoria completa del comunismo en el mundo entero, mientras el capitalismo subsiste en una parte del mundo". Según los chinos, esta última fórmula significaba que el peligro serio de una guerra podría desaparecer incluso mientras el capitalismo continuara existiendo. Según ellos, esto haría suponer una modificación en la naturaleza misma del "imperialismo", y tal hipótesis les parecía que debía rechazarse.

A lo que consideraban como "ilusión" de Jrushtchev (llevar al ánimo de los dirigentes americanos la idea de una "coexistencia pacífica") los chinos oponían la imagen de un imperialismo, ciertamente debilitado, pero que, fundamentalmente, seguía siendo idéntico a sí mismo. Estaban, prácticamente, de acuerdo con los soviéticos en considerar improbable un ataque general contra el bloque comunista; pero juzgaban siempre posible una guerra entre las distintas potencias imperialistas, y guerras coloniales contra movimientos revolucionarios nacionales casi inevitables: sólo apoyando estos movimientos podría evitarse una guerra general. Los chinos desarrollaban este argumento - afirmando que los comunistas retrocederían ante este apoyo a los movimientos revolucionarios si tenían "miedo" de una nueva guerra mundial, si "pedían" la

paz y si admitían las ilusiones en cuanto a la evolución del imperialismo en lugar de movilizar las masas contra los "belicistas imperialistas".

Este análisis comportaba tres objeciones a la política de Jrushtchev y a sus "concesiones confusas al revisionismo": -se exageran en él los peligros de la guerra nuclear, con lo que se corre el riesgo de debilitar la resistencia al imperialismo o, al menos, de llevar a una prudencia demasiado grande; -se hace ilusiones sobre una tendencia "realista" en favor de la coexistencia pacífica entre los imperialistas, con el peligro de disminuir la vigilancia de las fuerzas comunistas; -y, por último, tiene una excesiva tendencia a confiar en los acuerdos diplomáticos para impedir la guerra, lo que le lleva a querer frenar las guerras "justas" de liberación de los movimientos revolucionarios, en lugar de saludarlas como el medio más eficaz para debilitar al imperialismo e impedir sus guerras.

Así, pues, según los chinos, no se le podía reprochar a un comunista el que se entrevistara con Eisenhower, pero podía reprochársele el que tuviera confianza en las intenciones pacíficas de éste; se podía, ciertamente, proponer un desarme general y completo, pero no podía dejarse creer a los pueblos que este objetivo podía alcanzarse. Los chinos aceptaban la propaganda para la paz (en la que veían un medio de la lucha revolucionaria contra el imperialismo), pero no una diplomacia de la paz (que podía conducir a una atenuación de dicha lucha).

Fue durante la sesión celebrada en Pekín por la Federación sindical mundial cuando los chinos intensificaron sus ataques, por la voz del vicepresidente (chino) de este organismo, Lin Tchang-Sheng: éste manifestó vigorosamente la hostilidad sin reservas a todas las guerras, pronunciándose por un apoyo activo a las guerra "justas" de liberación. China no era todavía potencia nuclear - su primer bomba no explotó hasta el 16 de octubre de 1964 - y razonaba en términos ante-nucleares, permaneciendo particularmente fiel a la distinción establecida por Lenín entre "guerras justas" y "guerras injustas", y rechazando, como consecuencia, la política definida por Jrushtchev, por ejemplo en su discurso del 6 de julio de 1959: "Te guste o no tu vecino, no tienes más remedio que encontrar un campo de entendimiento con él, porque no tenemos más que un solo planeta... La coexistencia pacífica significa la renuncia a la guerra como sistema para resolver las cuestiones de litigio". Esta información resultó aún más violenta porque fue tras su viaje a los Estados Unidos cuando Jrushtchev decidió no proporcionar información atómica a la China, denunciando, así, el tratado secreto del 15 de octubre de 1957, firmado con ocasión del viaje de Mao Tse-Tung a Moscú.

La "solidaridad socialista" no resistió a la lógica nuclear. Nadie piensa en negar que surgieran rivalidades ideológicas y políticas en el periodo que siguió a la muerte de Stalin, y que entre ambos países aparecieran clásicas rivalidades de potencia. Pero un hecho esencial es que la Unión Soviética, tras haber tomado conciencia de sus responsabilidades como potencia nuclear y preocupándose de los riesgos de "escalada" implícitos en todo recurso a la fuerza, reaccionó en función de la lógica nuclear y los términos de su razonamiento se aproximaron a los de Washington. Pekín no podía ver en esta convergencia más que una traición ideológica, que utilizó para enmascarar su despecho por tener que efectuar solo las investigaciones y los trabajos que le habían de permitir el acceso a la potencia nuclear. Este es el origen de la oposición de China a la noción misma de coexistencia pacífica.

Este recuerdo histórico era indispensable para comprender por que los grupos que hacen de la violencia un medio, y aún más un ideal, no se refieren a la Unión Soviética sino a China. Actualmente, la Unión Soviética se esfuerza por evitar que elementos partisanos que se proclamen afechos a ella aparezcan como perturbadores del orden establecido en las democracias occidentales -habría contradicción entre este enlace y su deseo de insertarse en el sistema gubernamental mediante el juego de las fórmulas "frentenacional" o "unión de izquierdas". China no mantiene la subersión, pero no se siente descontenta porque algunos grupos se refieran a ella para condenar el "aburguesamiento" de los "partidarios de Moscú", y, a este respecto, lo que ocurre en ciertos países no hace sino reflejar lo que ocurre en la tribuna de la ONU tras haber sido admitida en ella China. Desde hace años, apenas podía concebirse una sesión sin una condena de Israel; hoy día, apenas puede imaginarse la misma sesión sin un enfrentamiento verbal ruso-chino.

Pero entonces es cuando aparecen otros problemas, y así puede uno preguntarse que pretexto para la agitación encontrarán estos grupúsculos, ahora que la guerra del Vietnam parece terminar, sean cuales sean las oscuridades y los equívocos del acuerdo que establece el alto el fuego. Antes que de su potencial industrial y nuclear, la potencia china se preocupa de la afirmación constante de un radicalismo revolucionario que proyecta hacia el exterior la imagen de una nación determinada a servirse, si llega el caso, de todos los medios de que dispone, aunque sean tan peligrosos para ella como para los demás. Radicalismo revolucionario cuyo poder de atracción pudo medirse por la rapidez y la intensidad de la reacción de algunas fracciones de la juventud de Europa occidental y de los Estados Unidos ante el mensaje de la revolución cultural. Pero esto parece concluido: China no parece deberse conducir como perturbadora del orden internacional, y empieza a dar muestras de que se

comportará como potencia que ha tomado conciencia de la responsabilidades - que implica la posesión de un arsenal nuclear.

Como China, con la contestación permanente de una tendencia que acompaña constantemente a la estratificación de las clases y a la esclerosis de las instituciones, la revolución parecía haber encontrado un nuevo impulso y una fuerza de penetración tanto más viva cuanto que la crítica se dirigía al punto más sensible de la sociedad industrial socialista o capitalista, y era llevada adelante por los elementos más intransigentes de la sociedad: los jóvenes. Pero ya no es así. La revolución cultural está completamente rebasada, y Chu En-Lai, el sucesor más probable de Mao Tse-Tung (y, en todo caso, el hombre que detenta el poder en la actualidad), desea que éste "folklore" cese y que los chinos adopten actitudes de pensamiento y de comportamiento que les hagan trabajar, y no solamente exaltar el purismo marxista.

En estas condiciones, los grupúsculos "izquierdistas" no pueden sino verse reducidos a ellos mismos y, lo que es más, cada vez se ven más "separados" de la población, tanto si se tratan de sus fracciones reformista y conservadora como de su fracción comunista. En tales condiciones, no les queda otro recurso que la práctica de la provocación sistemática respecto de las fuerzas del orden, para atraer la atención sobre sí mismos y para hacer creer que representan un potencial importante. Al mismo tiempo, disminuye su edad media: hace algunos años, estaban compuestos por universitarios (los obreros seguían moviéndose en la "esfera" de los sindicatos comunistas); hoy día, la mayor parte de ellos son alumnos de Instituto, sin formación política, sensibles ante todo al romanticismo de la acción y al aspecto de "escándalo" que reviste una manifestación, y que no se dan cuenta de que toda manifestación puede dar lugar a enfrentamientos violentos.

Hace algunos años, no se sabía si este impulso revolucionario sería alimentado y sostenido suficientemente para organizarse en una acción independiente de ese estado transitorio que es la juventud. Pero ya no cabe más duda: esta juventud es "cada vez más joven", y sus manifestaciones son cada vez menos revolucionarias y cada vez más activistas. Llegará un día en que el Partido comunista chino se verá, a su vez, acusado de "desviacionismo" y de "aburguesamiento", y en que los hijos de los "cabecillas de motín" de hoy pertenecerán a grupúsculos también "izquierdistas". Lo grave no es la fuerza política que puedan pretender tener los grupúsculos, es el riesgo de que se - provoque la puesta en marcha de la espiral violencia-represión-violencia. Los jóvenes son inquietos. Rechazan la sociedad de consumo, de la que, sin embargo, son los privilegiados. Son intransigentes; tienen sed de lo absoluto: ¿les

prepara nuestra civilización para la reflexión política? Esta cuestión puede parecer muy alejada de un análisis de algunos elementos fundamentales de la guerra revolucionaria, pero no lo está; y es dramático que jóvenes honrados no se den cuenta de que hacen el juego al comunismo, del cual, en lo profundo de sí mismos, rechazan su carácter fundamentalmente deshumanizado.